

un centauro: petulante y atrevido el pequeño Genio, tiene asido de los cabellos al monstruo con una mano y con la otra amenaza pegarle.

Un precioso bajo-relieve desprendido de un friso del Partenón en 1681, fué adquirido por Pío VII, y es obra del célebre Phidias. Es un fragmento el que se halla en la sala; lo restante se conserva en Inglaterra en el Museo Británico de Londres.

Otro bajo-relieve muy notable representa un sacrificio á Mithra, divinidad persa, cuyo culto se introdujo en Roma en tiempo de Pompeyo.

Mencionaremos para concluir una urna colosal que tiene dos asas en forma de cabezas de león, y la adorna un tigre que está comiendo uvas. Pasemos á visitar el salón del Nuevo Brazo.

Es una estancia de 70 metros de largo por 8 de ancho, que recibe luz por doce lumbreras practicadas en la bóveda. Sobre la puerta de entrada, que es de fierro, se ven las armas de Pío VII en bronce dorado y una inscripción en honor suyo. A derecha é izquierda los bustos de Trajano y de Augusto, de negro basalto, parecen los guardianes de la antigüedad que los colocó en la categoría de los dioses. Doce columnas de orden corintio reciben la bóveda; dos de ellas de amarillo antiguo fueron encontradas cerca de la tumba de Cecilia Metela; dos de granito negro egipcio decoraban la iglesia de Santa Sabina; las ocho restantes, formadas con fragmentos de antiguas columnas, son de cipolino. Las paredes adornadas con bajo-relieves en estuco imitando los de las columnas de Trajano y de Antonino, representan sacrificios, triunfos y bacanales. En el centro de la sala se eleva un ábside de seis metros de profundidad, y á la derecha rompe la escalera que conduce al jardín de la Piña, de que ya hemos hecho mención en otro lugar.

Ciento treinta y seis mármoles preciosos adornan esta magnífica sala, de los cuales cuatro grupos y cuarenta y nueve estatuas sobre grandes columnas truncadas de granito oriental gris y rojo, alternan con bustos de amirable belleza.

Entre las estatuas, las principales son el grupo de Sileno teniendo en sus brazos á Baco, la Diana Cazadora, el Fauno descansando, el Nilo y sus afluentes, grupo de una hermosura extremada, la Honestidad, notable por sus inimitables ropas, la Minerva Médica. . . . Las creencias de los antiguos, sus placeres, sus amores, sus fantasías, todo lo que formaba su existencia física ó moral, ejercitó el cincel de los estatuarios, cuyas obras reúne esta sala. Aquí está la sacerdotisa de Iris teniendo en sus manos el vaso de agua lustral; allí Esculapio sin barbas, vestido con gran manto y apoyado sobre un bastón, en el cual se enrosca la mitológica serpiente; más allá un grupo de caballos marinos conduce á Tethyus, diosa del mar; adelante la blonda Venus sale de las olas para recreo de los dioses; un paso más, y en último término un Mercurio de rara belleza, viste el traje del dios de los viajeros, llevando el caduceo en la mano.

Entre los bustos se hace notar un hermes célebre por la inscripción griega que tiene en versos exámetros, la cabeza colosal de un Darío cautivo, el emperador Cómodo, Sabina la mujer de Adriano y un busto de Claudio.

Dignos son de estudio y objetos de admiración los mosaicos que cubren el pavimento del Nuevo Brazo. El más notable, sin duda, es el que representa á la Naturaleza en figura de Diana, fecundando las plantas y los animales.

Quedan sin mencionar otros objetos valiosísimos que llaman mucho la atención, tales como una soberbia cariátide de las que sostenían el pórtico del templo de Pándora en Atenas; cuatro máscaras de un trabajo exquisito, una terrible cabeza de Medusa y tantas y tantas obras maestras que no es posible describir. Saldremos, pues, de este departamento, que nos falta visitar la Biblioteca.

Se cree que la Biblioteca del Vaticano tuvo su origen primitivo en la que se formó en el palacio de San Juan de Letrán por el Papa San Hilario, la cual, después de trasladada al Vaticano, fué enriquecida por muchos Pontífices. En todo caso, la aumentó considerablemente Nicolás V, quien envió sabios á Grecia, á Alemania y otros países para que adquirie-

sen libros raros. Sixto IV la enriqueció con manuscritos y Sixto V mandó construir el edificio en que ahora existe. Clemente XI adquirió para la Biblioteca preciosos manuscritos árabes, ciriacos, caldeos, etc. Pío VII agregó una gran cantidad de libros impresos, y la colección artística y de antigüedades del célebre Cicognara fué adquirida por León XII, Pío IX, por último, enriqueció la Biblioteca con la del sabio Cardenal Mai. Todas estas colecciones reunidas hacen la suma de 125,000 volúmenes y 25,000 manuscritos. En el número de los ejemplares que contiene, es de las primeras la Biblioteca del Vaticano, y en la antigüedad de los manuscritos no tiene igual en el mundo.

El cuerpo principal y originario de la Biblioteca es el soberbio salón de dos naves que dividen siete gruesos pilares, y tiene 69m. 30c. de largo por 15m. 50c. de ancho. Circundando las dos naves, hállanse colocados ricos armarios que guardan los manuscritos. Sobre los armarios se ve una magnífica colección de vasos itálico-griegos que vulgarmente llamamos etruscos. Las paredes del salón están decoradas con bellas pinturas. Entre los espacios que dejan libres los armarios en la línea de los pilares, hay preciosos objetos de escultura y de cerámica, algunos de ellos estimables por su procedencia histórica.

Comunicando con este salón se ven las dos grandes alas que se hallan una frente de la otra. El ala derecha se compone de ocho salas y un gabinete, decoradas con pinturas que recuerdan hechos históricos importantes, y representan figuras de personajes célebres. Los armarios son notables por la excelente ejecución de la talla. En el gabinete que forma la extremidad de la crujía, seis armarios que lo adornan encierran una reunión de objetos de la más alta importancia para el conocimiento de las antigüedades. Allí han sido colocados los objetos más notables de lo que se ha reunido para los museos. Hay rarísimos y curiosos utensilios de metales diversos, la mayor parte de bronce; hay pequeños ídolos y estatuas del mismo metal; hay adornos de mujer, cincelados en oro; fragmentos de láminas de plomo y bronce con

inscripciones antiquísimas; bajo-relieves de marfil curiosamente esculpidos, y otra infinidad de preciosidades del arte antiguo que sería imposible mencionar.

En el ala izquierda hay mucho, muchísimo que admirar. Algunos capítulos ocuparía la sola enumeración de los objetos, y nos limitaremos á dar idea de los que contiene cada uno de los departamentos principales.

En el que se llama "Museo sagrado" se hallan ocho elegantes armarios superados con los retratos en bronce de los Cardenales bibliotecarios. Allí se guardan multitud de objetos del culto, pertenecientes á los ritos de los primitivos cristianos, como cálices y otros vasos sagrados, ánforas cinerarias, lámparas, dípticos, bajo-relieves, etc., etc. Hay también de muy notable una colección de pinturas en madera, ejecutadas por autores griegos anteriores á la época del renacimiento.

Precioso bajo todos aspectos es el "Gabinete de los papiros." Además de que su ornamentación es riquísima en granitos, en pórfidos, mármoles y bronce, encierra en sus armarios un tesoro de documentos relativos principalmente á donaciones y contratos de los siglos X y XI.

Contiguo á éste hay otro gabinete en que llaman la atención las pinturas antiguas en piel, que pertenecen á épocas muy remotas.

En el "Gabinete de sellos antiguos" reunió Pío VII una colección de ejemplares curiosísimos del género: allí se ven los sellos en barro cocido que se empleaban para marcar los materiales de construcción. Entre las pinturas que adornan las paredes, hállase el retrato de Carlomagno.

Una sala destinada exclusivamente para cuadros antiguos contiene una preciosa colección de pinturas de los siglos XIII y XIV. Los principales autores de esas obras rarísimas son Marguheritone, Cimabue, Giotto, Massaccio y Fiesola. En el centro de la pieza hay que admirar dos soberbias mesas cuadradas de granito y una redonda hecha con fragmentos de los mármoles que fueron descubiertos en el cementerio de San Calixto. En la pared del fondo se ve un

cuadro que contiene varias obras de cristal de roca ejecutadas en el siglo XV, que representan á Jesucristo y algunos episodios de su pasión, y en las extremidades los cuatro Evangelistas. Son también notables los objetos de plata sobre dorada que el rey de Siam regaló á Pío IX; entre ellos está el retrato del soberano.

El Gabinete llamado de Numismática, que no contiene hoy ejemplar alguno perteneciente al ramo, porque todo lo que contenía de medallas y monedas desapareció en la revolución de 1796, guarda hoy cuatro armarios que encierran las cartas que fueron dirigidas al Sumo Pontífice Pío IX de todas las poblaciones del mundo católico á consecuencia de los sucesos de 1859. En medio de este Gabinete se ha colocado un magnífico reclinatorio, obra soberbia de ebanistería, adornado con incrustaciones y esculturas de marfil. Fué obsequio de la provincia de Tours, en Francia, á Pío IX.

Saldremos de la Biblioteca y también del Vaticano, porque aun cuando nos queda mucho por visitar, no es posible entretener por más tiempo al lector, con otras descripciones. Hemos dado cuenta de lo más notable y terminaremos ya nuestra revista. El carácter de esta obra no permite que digamos una palabra más acerca de nuestras excursiones por la Ciudad Eterna. Perdónenos el lector si acaso hemos abusado de su deferencia.

CAPÍTULO VIGÉSIMOTERCERO.

Excursión á Loreto y Asís.—Un peregrino enfermo.—El suceso de los Sres. Garrido y Viveros.—Almuerzo en casa del caballero Angelini.—El *Corpus* en San Pedro.—Una entrevista con Monseñor Rampolla.—Audiencia privada de Su Santidad.—Rumores infundados.—La fiesta del Estatuto.—Una triste despedida.—¡Adiós á Roma!

BREVES pasaban para nosotros los días de nuestra permanencia en la Ciudad Eterna. Por la relación que dejamos escrita de nuestras excursiones puede comprenderse que no perdíamos un instante del tiempo que consagramos á recorrer las calles, las ruinas, los edificios y establecimientos. Nuestros compañeros los peregrinos, con más ó menos perseverancia, ocupaban su tiempo de igual manera. De los que se quedaron con nosotros en Roma, un grupo como de veinte, presidido por el Sr. Obispo de Chilapa, salió á visitar las poblaciones de Loreto y Asís. Nuestro amigo el Licenciado de la Garza fué el cronista de esa corta expedición de tres días, y nos da cuenta de ella en una de sus bien escritas correspondencias, en los términos siguientes:

“La visita de Roma inspira tanto interés que con dificultad la abandona quien haya comenzado á gozar de sus bellezas. Hay sin embargo cerca de ella lugares tan notables bajo el punto de vista religioso, que ningún peregrino se exime de conocerlos cuando se le presenta ocasión favorable para ello. Me refiero á los célebres santuarios de Loreto y de Asís, que acabamos de visitar. Todo el mundo sabe la historia de la maravillosa traslación de la Santa Casa de Nazareth á Loreto. La habitación de la Santísima Virgen, el lugar donde se verificó el estupendo prodigio de la Anunciación y Encarnación del Verbo Divino, la casa que cobijó